

Desde que comenzó á alumbrar el día, se fué á despedir Napoleon de la familia real de Sajonia. ¡Un momento habia realizado el sueño de sus mayores dándole la corona de Polonia, pero a este precio le habia perdido, contra su voluntad sin embargo, como se habia perdido á sí propio! ¡Y para colmo de miseria, de la gloria, cosa única para él imperecedera, nada dejaba á esta infeliz familia, al par que dejaba parte de honor inmortal á los polacos, á quienes tambien habia perdido! Con efecto, la honrada y tímida corte de Sajonia habia pasado los diez últimos años al pié de los altares, asi como otros los pasaron sobre los campos de batalla. Napoleon tenia que sufrir grandes cargos del anciano monarca, y por su parte podia hallar materia de cargos no menos graves de resultas de la conducta observada la vispera por los soldados sajones, pero tenia demasiado orgullo para emplear de este modo los cortos instantes que podia dedicar á su aliado. Le manifestó su sentimiento de entregarle asi á toda la ira de la coalicion sin defensa; le comprometió á tratar con ella, á separarse de Francia, y le afirmó que en ningun tiempo le ocurriria quejarse de tal conducta. Irguiendo con arrogancia su rostro grave, mas no abatido, le expresó la esperanza de volver formidable detrás del Rhin muy pronto, y prometiote no estipular paz alguna en que fuese sacrificada Sajonia. Después de reciprocos abrazos, dejó á aquella buena é infeliz familia, espantada al verle permanecer tan tarde en medio de los peligros que le amenazaban por todos lados.

Ya fuera de la mansion del monarca, en vano trató Napoleon de abrirse paso por entre las calles

de Leipsick. Se vió obligado á ir á la ronda por un rodeo, y á seguir hasta el puente, donde la apretura cedió ante su persona, pues, aunque ya empezara á inspirar sentimientos amargos, todavía eran completas la admiracion, la fé en su genio y la obediencia. Cruzó los puentes y se encaminó á Lindenau, para esperar al otro lado del Pleisse y del Elster á que el ejército desfilara ante sus ojos.

Durante este tiempo trabóse en torno de Leipsick un nuevo combate. Los soberanos y los generales coaligados no podian creer en su fortuna, porque era la primera victoria que hubiesen alcanzado sobre Napoleon desde principios del siglo, y aun no era victoria la que les acababa de costar tanta sangre y tantas angustias, sino una serie de acciones violentas, cuyo carácter solo iba á decidir la postrera. Este cuarto dia esperaban un conflicto espantoso, cuyos horrores estaban resueltos á sobrelevar como verdaderos mártires de su causa. ¡Pero cuales no fueron su sorpresa y su alegría, cuando, disipada la niebla de otoño entre ocho y nueve de la mañana, divisaron al ejército francés, apretándose sucesivamente en torno de Leipsick, y deslizándose por entre el interminable puente de Lindenau á las llanuras de Lutzen! Dieron gracias al cielo de un resultado que apenas se habian atrevido á esperar, y al punto ordenaron á sus soldados que se arrojarán sobre el recinto de Leipsick, para procurar que fuera mas árdua y mortífera la retirada de los franceses. Marchando cada cual en el orden del dia antes, la columna del príncipe de Hesse-Homburgo, que formaba la izquierda de los coaligados, persiguió á Poniatowski por el arrabal correspondiente á la puerta de Peters-Thor. La co-

columna del centro, de Kleist y Wittgenstein, se presentó delante del arrabal mismo, pero en una barrera situada algo mas á la derecha, la de Windmühlen. La columna de la derecha, de Klenau y Benningsen, se presentó en la barrera del Hospital, que va á parar á la antigua puerta de Grimma. Bulow, del cuerpo de Bernadotte, se dirigió sobre el arrabal situado entre las puertas de Grimma y de Halle, y se encargó al general York, que habia descansado el dia antes, trasladarse por el Norte á las orillas del Elster y del Pleisse, para contrariar lo mas posible el desfile de nuestras columnas. Pero donde quiera encontraron una resistencia tenaz los coaligados. Nuestros soldados irritáronse á su vez tanto como sus enemigos, y les humillaba tanto la pretension de batirlos como á los alemanes nuestra pretension de dominarlos. Orgullosos de su conducta en estas jornadas, se hallaban bajo el peso del infortunio, no de la derrota, y estaban decididos á hacer pagar á caro precio su retirada ó su vida. Al Norte y al Este de Leipsick, en el arrabal de Halle, los restos de los cuerpos 3.º, 6.º y 7.º repelieron vigorosamente á las tropas de Sacken y de Langeron. Apostados estos valientes en un vasto edificio mataron á dos ó tres mil hombres antes de evacuarlo y aun hicieron una espantosa carnicería algunas compañías ligeras del 6.º cuerpo, cayendo sobre las tropas que atacaban el edificio. Marmont con una division del tercer cuerpo y otra del 6.º defendió contra Bulow el frente del Este, y habiendo penetrado en la ciudad algunos cabezas de columnas, lanzó sobre ellas el regimiento 142.º de línea y el 23.º de ligeros, que las destrozaron casi del todo. Macdonald, Lauriston, Poniatowski, con

sus tropas exasperadas, recibieron de igual manera las columnas enemigas que se presentaban delante de los arrabales del Sur. Donde quiera fué cruelmente castigada la impaciencia de los vencedores, y con pocas pérdidas hicimos experimentar estragos inmensos á los coaligados. Sin embargo, habia que renunciar á sostener por largo tiempo este combate, no por la impotencia de resistir, sino por la de concertar nuestros movimientos. En la imposibilidad de comunicarse de una calle á otra, y de distinguir la direccion de los fuegos enemigo de un cañoneo horroroso, que abarcaba á la ciudad por sus cuatro frentes, no se sabia si por todas partes era igualmente feliz la resistencia, y si manteniéndose por mas tiempo, se corria el peligro de que tomara la delantera el enemigo victorioso. Aumentaban la confusion algunos sajones y bádeses, que se habian quedado dentro de la ciudad y disparaban sobre nuestros soldados en retirada. En las filas de Marmont, esto es, hácia el Este, creyóse que del lado de Lauriston y de Macdonald, esto es, hácia el Sur, habia sido forzada la línea de los arrabales: á ambos lados creyóse lo mismo respecto del Norte donde peleaban Reynier y Dombrowski. Con este recelo se pusieron casi simultáneamente en retirada, desembocando sobre la ronda que separaba los arrabales de la ciudad. Entonces la apretura fué á li tan grande como en el puente. A todas las calles de los arrabales llegaban columnas que se replegaban combatiendo y que acrecentaban el hacinamiento hasta el punto de que ni los enemigos se pudieran abrir paso á la bayoneta. Obligado Marmont á retirarse á su turno no logró sin enorme trabajo penetrar entre la apiñada muchedumbre

que henchia la ronda. Por su fortuna, habiéndole reconocido algunos oficiales de su cuerpo, cogieron la brida de su caballo, y abriéndole camino á cuchilladas le introdujeron en aquel espeso torrente que corria con lentitud hácia los puentes.

A este punto se llegaba de la espantosa evacuacion de Leipsick, cuando sobrevino una catástrofe horrible, fácil de prever de sobra, y que excitó á la desesperacion á los que por la salvacion comun se sacrificaban á la defensa de los arrabales de Leipsick. A la columna de ingenieros de Monfort se le habia mandado que minara el primer arco de aquel puente continuo, que tan pronto es puente como una elevacion de terreno, y abarca los numerosos brazos del Pleisse y del Elster, segun hemos dicho. Este arco se hallaba situado á la extremidad de Leipsick correspondiente á Lindenau y construido sobre el principal brazo del Elster. Minádo lo habia el coronel Monfort, apostando allí algunos zapadores al mando de un cabo de escuadra, los cuales aguardaban la señal con la mecha en la mano. Pero su perplegidad era grande, pues del lado del arrabal de Halle, y por entre los bosques que cubren esta parte de las afueras de la ciudad, se oía cada vez mas cerca el fuego de la fusileria. De un instante á otro se esperaba ver desembocar al enemigo confundido en tropel con nuestros soldados, y se ignoraba si mas allá quedaban aun tropas francesas empeñadas en el combate. Así el coronel Monfort preguntaba á cuantos iban llegando, si aun habia muchos cuerpos á la espalda, en qué orden se sucedian unos á otros, cual seria el postrero, y no sabiendo apenas cada uno lo que inmediatamente pasaba á sus ojos, nadie era capaz de responderle. En este

apuró ideó el coronel pasar al otro extremo del puente, esto es, á Lindenau, donde Napoleon se encontraba, para lograr que se le dieran luces acerca de lo que debia poner por obra, y alejándose por un instante, previno al cabo de zapadores que no prendiera fuego á la mina sino cuando, en lugar de los franceses, viera aparecer á los enemigos. Apenas dió algunos pasos por entre la apiñada muchedumbre que colmaba el puente, se le alcanzó la imposibilidad de ir adonde se hallaba Napoleon y de volver al punto de partida. Esfuerzos vanos hizo por tornar á su puesto, como que en el puente que habia abandonado momentos antes ocurría la escena mas tumultuosa. Persiguiendo algunas tropas de Blucher á las reliquias del cuerpo de Reynier por entre el arrabal de Halle, se presentaron en las inmediaciones del puente confundidos en tropel con los soldados del 7.º cuerpo. Ante esta perspectiva gritaron espantadas voces: —¡Prended fuego, prended fuego!—El cabo, á quien se repetía de todas partes que se necesitaba destruir el puente, creyo que ya era llegada la hora, y puso fuego á la mina. Al punto retumbó una explosion horrorosa: volando por los aires los pedazos del puente, y volviendo á caer sobre ambas orillas, causaron víctimas á una parte y otra. Pero este deplorable error tuvo muy distintas consecuencias al cabo de algunos instantes. Aun se hallaban en la ronda de Leipsick el general Reynier con un resto del 7.º cuerpo, Poniatowski con los polacos que habian sobrevivido, Lauriston y Macdonald con las reliquias del 5.º y del 44.º cuerpo, oprimidos entre doscientos mil contrarios y muchos brazos de rios, sobre los cuales estaban destruidos los medios de paso. De esta

suerte se hallaban condenados mas de veinte mil soldados franceses con sus generales á perecer ó á quedar prisioneros de un enemigo, á quien la exasperacion de esta guerra hacia inhumano. Se creyeron vendidos y exhalaron gritos de furia, y en las alternativas de la especie de desesperacion que les dominaba ya entonces, ora revolvian á bayoneta calada sobre los que los iban persiguiendo, ora tornaban hácia el Pleisse y el Elster para cruzarlos á nado. Despues de una refriega confusa y sangrienta se rindieron los unos, se lanzaron á los rios los otros, logrando algunos pasarlos á nado, y siendo muchos arrastrados por la corriente. Los generales con mando de tropas, entre los cuales figuraban dos mariscales, no querian dejar tan excelentes trofeos al enemigo, y procuraron ponerse en salvo. Poniatowski, ascendido por Napoleon á mariscal el dia antes en recompensa de su heroismo, no vaciló en meterse dentro del Elster á caballo. Ya en la orilla opuesta, hallóla escarpada, y vacilante de resultas de muchas heridas, desapareció en el seno de las aguas, sepultado en su gloria, con la caída de su patria y la nuestra. Macdonald imitó su ejemplo, y tocando en la opuesta orilla, encontró allí soldados que le ayudaran á treparla, y logró quedar salvo. Cercados Reynier y Lauriston antes de que pudieran intentar la fuga, fueron conducidos ante los soberanos de Rusia, Prusia y Austria, en cuya presencia no habian aparecido de largo tiempo atrás mas que como vencedores. Al reconocer Alejandro al general Lauriston, á aquel embajador sensato, que tantos esfuerzos hizo por impedir la guerra de 48-2, le alargó la mano, reconviéndole por haber aspirado á sustraerse á su esti-

ma. Nada omitió para que fueran contemplados los generales franceses, prisioneros suyos; delante de ellos disimuló su orgullo satisfecho á maravilla, pero quiso que asistieran a todo el esplendor de su triunfo. Con efecto, en la plaza mayor de la ciudad estaban reunidos los principes victoriosos y los generales, felicitándose unos a otros, cumplimentándose recíprocamente por lo que habian hecho, delante de los moradores de Leipsick que, pálidos aun á causa del terror de los tres dias anteriores, salian de las cuevas de sus casas, y aclamaban á una á los soberanos libertadores. Entre estos personajes agitados se hacia notar Bernadotte, persuadido de que el solo habia decidido la victoria llegando el postrero, siendo el único que lo creia, pero bien acogido por Alejandro, quien en su fina política aspiraba á mantener bajo su influjo al futuro rey de Suecia. Mientras Alejandro agasajaba sobremanera á este francés combatiente en contra de Francia, se mostraba durísimo respecto de un principe alemán á quien calificaba injustamente de traidor á Alemania. Este principe era el infeliz rey de Sajonia. De su parte fueron oficiales dos veces en el curso de la mañana á pedir un momento de entrevista sin que se les prestara oidos. A la sazón habia un tercero que, con el sombrero en la mano, suplicaba al emperador Alejandro que permitiera al anciano monarca ofrecerle sus homenajes. A algunos pasos de allí se encontraba el infeliz soberano, implorando una mirada del vencedor sin fruto. Fuerza es reconocer que, mas acostumbrado á la victoria, Napoleon habia tratado mejor a los reyes vencidos. Cediendo Alejandro a un sentimiento poco digno de su persona, envió á decir al rey de Sa-

jonía, que no quería verle, que se le había cogido con las armas en la mano, y que por tanto era prisionero de guerra; que los soberanos aliados decidirían de su suerte, haciendo que se le notificara el fallo. Así no habían comprado el perdón de su rey los sajones al abandonarnos sobre el campo de batalla.

Fijémonos en el ejército francés de nuevo, retirándose mutilado por entre los numerosos brazos del Pleisse y del Elster y dejando aun este día veinte mil de sus soldados prisioneros, ó moribundos sobre las calles de Leipsick, ó ahogados en las ensangrentadas aguas del Pleisse y del Elster. Esta última de las cuatro jornadas nefastas de Leipsick, elevó las pérdidas del ejército francés entre muertos, heridos, prisioneros, ahogados ó extraviados, á muy cerca de sesenta mil hombres. No había perdido el enemigo menos número de soldados bajo el fuego; pero sus heridos debían ser y eran objeto de los cuidados del patriotismo alemán agradecido. ¿Y qué iba á ser de los nuestros?

Desde Lindenau donde se encontraba, oyó Napoleón una explosión violenta: muy pronto conoció su causa y sus consecuencias, por extremo airado mostróse contra todos aquellos á quienes se podía culpar de tan funesto accidente, y aparentó voluntad de encontrar criminales, cuando no los había, y si había alguno, solo era su persona, como autor de esta horrible guerra.

Tal fué la larga y trágica batalla de Leipsick, una de las más sangrientas, y de seguro la mayor de todos los siglos, y que terminó tan desastrosamente la campaña de Sajonia, empezada en Lutzen y Bautzen con tanta fortuna. Sin duda se pregun-

tará cómo despues de cálculos tan profundos, de maniobras tan sabias, de esperanzas tan lisonjeras, pudo ser conducido Napoleón á catastrophe semejante, y no se comprenderá en efecto sino dándose cuenta de todos los móviles que le hicieron que obrara, y trasformaron en espantosos reveses las más hermosas concepciones que figuran entre el número de las de su vida. Supongase un general menos grande, pero colocado en una situación sencilla, no teniendo ni toda una fortuna que rehacer de un solo golpe, ni tantos motivos de orgullo para disimularse la verdad, no estando acostumbrado tampoco á buscar resultados extraordinarios en combinaciones atrevidas y complicadas, y ciertamente obrara de otro modo, y según todas las verosimilitudes, aun cuando no alcanzara triunfos insignes, al menos evitara un desastre. Al menor amago de un movimiento sobre sus espaldas por el Elba inferior ó por la Bohemia, sin perder instante levantara el campo de Dresde, no dejando allí mas que los enfermos que no se pudiera llevar consigo. De este modo lograra poner en franquía, no solo á los doscientos mil soldados que aun contaba entonces, sino á los treinta mil dejados en la capital de Sajonia, y verosimilmente á los otros treinta mil de Meissen, Torgau y Wittenberg, y de reunir sobre el Saale una masa compacta, que no debilitaran ni las marchas excesivas, ni los destacamentos obligados sobre el Elba. Si en esta situación, uno de los dos ejércitos enemigos, el de Bohemia ó el del Elba, cometiera la falta de preceder un día en Leipsick al otro, sin duda le abrumara, y de seguida cayera sobre el segundo. Supongase que no se le ofreciera la ocasión de triau-

fo tan señalado, al menos tornara á ganar sano y salvo las márgenes del Saale, y si no pudiera ser defendida esta linea corta y facil de rebasar por todos lados, de nuevo tomara el camino del Rhin con cordura, y por medio de instrucciones dirigidas oportunamente a todas las guarniciones de las plazas del Elba inferior, les mandara replegarse unas sobre otras hasta Hamburgo, adonde de positivo llegaran sin accidente, hallándose atraídos en persecucion del grande ejército los contrarios. De este modo formaran con el mariscal Davout un excelente ejército de ochenta mil hombres, que hubiera vuelto á las márgenes del Rhin por Wesel, con lo cual se hallaran cerca de trescientos mil hombres en buen estado sobre la frontera del imperio y opusieran a la invasion una barrera invencible. Pero por carácter, por orgullo, por costumbre y necesidad de resultados extraordinarios, se hizo imposible para Napoleon tan sencilla conducta.

A la noticia de una doble marcha de sus enemigos sobre Leipsick, bajando los unos de la Bohemia, subiendo los otros del Elba á lo largo del Mulda, no pensó en su seguridad ni un instante. Acostumbrado á verlos ocultarse de continuo, solo tuvo la zozobra de que se le pudieran escapar nuevamente, y en vez de ir á Leipsick en derechura por el camino mas corto, lo cual salvara doce ó quince mil hombres dejados en los lodazales del otoño, bajó el Elba en direccion de Duben, para coger á Blucher y á Bernadotte á golpe hecho, siempre convencido en su orgullo de que estaban mas prontos a la fuga que á la pelea. Apenas en marcha, y siempre en pos de combinaciones capaces

de producir vastos resultados, ideó lanzarse sobre los huellas de Blucher y de Bernadotte, seguirlos á todo trance mas allá del Elba, arrollarlos sobre el camino de la capital de Prusia, y remontar luego la orilla derecha del Elba hasta Torgau ó Dresde, cruzar este rio nuevamente por dichos puntos, y caer improvisamente sobre la espalda del ejército bajado de Bohemia. Sin duda la combinacion era tan profunda como atrevida, y con los soldados, el ardimiento y la fortuna de Austerlitz, diera de sí resultados prodigiosos. Pero para esta quimérica esperanza convenia resignarse á dejar treinta mil hombres en Dresde, y Napoleon no vaciló en dejarlos. Llegado á Duben sobre el bajo Mulda, muy luego pudo echar de ver que, lejos de huirle, Blucher y Bernadotte aspiraban á tomarle en Leipsick la delantera, para juntarse al principe de Schwarzenberg y abrumarle. Al punto abrazó su partido, retrocedió hácia la ciudad aquella, y con la seguridad habitual de su golpe de vista, situóse del único modo adecuado á impedir la union de sus enemigos. Pero tornaba á Leipsick despues de una marcha inútil de cincuenta leguas: tornaba privado de treinta mil combatientes dejados en la capital de Sajonia, de una porcion igual dejada en Wittenberg, en Torgau, en Meissen, y marchaba en una larga columna, cuya tercera parte por lo menos no podia asistir á la primera y mas decisiva batalla. Obligado á hacer cara á todos sus enemigos, no presentes aunque podian estarlo, le fué imposible tener consigo á Ney y á Bertrand el 16 de octubre, y lanzarlos con Macdonald sobre el flanco de Schwarzenberg para agobiarle, y no quedando por tanto vencedor de una manera fulmi-

nante el primer día, de súbito se vió colocado en una posición horrorosa, donde estaba condenado á sucumbir en los días siguientes bajo una reunión abrumadora de fuerzas. Abrazar acto continuo el partido de la retirada, ejecutarla ya que no el 17, pues aguardaba a Reynier todavía, al menos durante la noche del 17 al 18, volver á ganar lo mas pronto posible por Lindenau, Lutzen y Weissenfels sus comunicaciones amenazadas, establecer con este objeto los puentes necesarios sobre el Pleisse y el Elster, era la única conducta indicada, la conducta sencilla del capitán cauto, mas ocupado en salvar su ejército que en conservar su prestigio. Pero hacer una retirada arrogante, imponente, á la luz del día, echándose encima del enemigo que se atreviera á apretar mucho, y no con el fin de ponerse en salvo, sino de mantener la aptitud de victorioso, fué y debia ser el pensamiento del conquistador mimado de muy atrás por la fortuna, del conquistador que no supo salir de Moscou á tiempo, y así resultó la funesta batalla del 18, y la retirada aun mas funesta del 19, ejecutada con un solo puente. La confusión á que dió márgen inevitablemente en el último instante, á causa de este modo de dirigir las cosas, produjo la explosión del puente del Elster, que marcó con el sello de la fatalidad esta horrorosa batalla de cuatro días.

Este resumen de los hechos demuestra, pues, la verdadera causa de todas las desventuras de que acabamos de dar noticia. No hay que buscar aquí, á la manera que tampoco en Moscou, en la decadencia de los talentos del capitán el origen de tan deplorables resultados, porque el capitán nunca se mostró mas fecundo, ni mas atrevido, ni

mas tenaz, ni mas soldado; sino en las ilusiones de su orgullo, en la necesidad de volver á ganar de un solo golpe su inmensa fortuna perdida, en la dificultad de confesarse bastante pronto su derrota, finalmente, en todos los vicios, que en pequeño y en plena fealdad se descubren en el jugador ordinario, cuando locamente aventura riquezas locamente adquiridas, y que se echan de ver en grande y en todo su horror en el jugador gigantesco que juega con la sangre de los hombres, como otros con el dinero. Al modo que los jugadores pierden su fortuna en dos veces, la primera por no saber limitarla, y la segunda por quererla reponer de un solo golpe, Napoleon comprometió la suya en Moscou por quererla demasiado grande, y en la campaña de Dresde por quererla rehacer toda. Siempre obraban las mismas causas, la alteración, no del genio, sino del carácter echado á perder por la omnipotencia y por la victoria.

Tras de tales reveses no quedaba á Napoleon otro arbitrio que tomar la vuelta del Rhin sin demora. Despues de contar no menos de trescientos sesenta mil hombres de tropas activas al comenzar de nuevo las hostilidades, sin incluir las guarniciones; despues de tener todavía doscientos cincuenta mil dos semanas antes, y de dejar treinta mil en Dresde, un número casi igual en el camino de este punto á Duben, y de Duben á Leipsick; despues de perder sesenta ó setenta mil en las diversas batallas de Leipsick, y un número que no se puede puntualizar con la defección de los aliados, conservaba de ciento á ciento diez mil soldados á lo sumo y en el estado mas deplorable. La única cosa que aun tenia en cantidad considerable

y de calidad excelente, aunque difícil de acarrear por desgracia, era la artillería. Tentaba muy buena, servida perfectamente, habituada á poner su honor en salvar sus cañones, y que solo habia perdido los que la destruccion del puente del Elster impidió trasladar en tiempo oportuno de una orilla á otra. Lo que de artillería quedaba entonces, se hallaba en doble proporcion de los soldados. Si servia de embarazo, al menos era un recurso y de los mas preciosos para un dia de combate.

Napoleon pasó con las reliquias de su ejército en torno de Lützen la noche del 19 al 20 de octubre. Bertrand y Mortier habian arrollado á Giulay, y llegados á Weissenfels se aseguraron de la posesion del Saale. En la mañana del 20 corrió Napoleon á Weissenfels para dirigir la retirada en persona, y tomar la delantera á todos los cuerpos enemigos en los pasos esenciales. Si seguía á la izquierda, entendiéndose de vuelta al Rin, por el camino real de Weissenfels, se encontraba el famoso desfiladero de Kosen, donde el mariscal Davout se habia cubierto de gloria, defendiendo la llanura de Awerstaedt, y donde se corria el riesgo de hallar á Giulay, que, rechazado por Mortier y Bertrand, podia ir muy bien á buscar el desquite. Napoleon, con su prevision no alterada por la desventura, imaginó dar un rodeo á la derecha, y en vez de pasar el Saale por Naunburgo, cruzarlo por Weissenfels, cuyos puentes poseia, ganar de seguida á Freyburgo, para cruzar por allí el Unstrutt, desembocar en la llanura de Weimar y de Erfurt, mientras, llevado Bertrand por un movimiento rápido hácia la izquierda al desfiladero de Kosen, procurara preceder al enemigo en este punto, y

defenderse allí contra el grande ejército del príncipe de Schwarzenberg el mas largo tiempo posible. Apenas concebido este plan de marcha, lo puso Napoleon por obra. Bertrand, cuyo 4.º cuerpo se habia aumentado con la division de Guilleminot, segun se ha visto, fué encaminado de seguida sobre Freyburgo, con Mortier que mandaba dos divisiones de la Joven Guardia, con la caballería ligera de Lefèbvre-Desnoette y con el segundo cuerpo de caballería del general Sebastiani. Batiendo por donde quiera el campo esta caballería numerosa y acuchillando á los cosacos, debia preceder y flanquear á la vanguardia, y luego que Bertrand llegara á Freyburgo, y ocupara la ciudad y los puentes sobre el Unstrutt, debia correr á Kosen, quedándose Mortier en Freyburgo para proteger el paso de las tropas.

Estas órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Bertrand llegó el 21 por la noche á Freyburgo con los diversos cuerpos que escoltaban su marcha. No habia en esta ciudad mas que algunas tropas ligeras enemigas, que fueron expulsadas de ella. Señoreóse un puente de piedra sobre el Unstrutt, sólido aunque angosto. Se echó allí uno de madera durante la noche para facilitar el paso de la hueste, y mientras Mortier se entregaba á estos cuidados, trepando Bertrand las alturas hácia la izquierda, fué á tomar posicion en Kosen, y llegó allí antes que el enemigo.

Resueltas á tiempo y ejecutadas con vigor tales medidas, produjeron el resultado que debia esperarse. Despues de deslizarse por entre las llanuras de Lutzen, llegó el ejército el 21 por la noche á Weissenfels, donde cruzó el Saale, sin que le per-



siguieran mas tropas que los corredores de los contrarios. Schwarzenberg y Bernadotte se habian quedado en Leipsick, ocupado el uno en rehacer su ejército agotado por tres batallas, y el otro en pasar revistas. Solo Giulay marchaba por el camino de Naunburgo y de Kosen. Del infatigable ejército de Silesia no mas que el cuerpo de York podia seguirnos, y habiendo sido destruidos en Leipsick sobre el Pleisse y el Elster los medios de paso, vióse obligado el mismo Blucher á dar un rodeo, y á descender mucho mas abajo de Leipsick para cruzar estos dos rios. Le teniamos á nuestra derecha, pero á la espalda, mientras á nuestra izquierda veiamos á Giulay, obligado á forzar el desfiladero de Kosen para darnos alcance.

Cruzado el Saale el 21, fué el ejército á pernocar á Freyburgo, donde estaban preparados los medios de pasar el Unstrutt, segun acaba de verse. Libertados fueron por la caballeria contraria los pocos miles de prisioneros que Napoleon quiso llevar consigo. Esta era una mortificacion de amor propio mas bien que una pérdida verdadera, pero que probaba por qué masas de tropas de á caballo éramos perseguidos, pues se nos habia hecho tal afrenta entre Bertrand, Mortier, Sebastiani y Lefebvre-Desnoette. Esta caballeria tenia pocos inconvenientes contra los cuerpos organizados, pero la desbandada, que se vió comenzar en los cuerpos de Macdonald, de Oudinot y de Ney, por consecuencia de los reveses del Katzbach, de Gross-Beeren y de Dennewitz, se hizo muy general despues de la espantosa batalla de Leipsick en toda la hueste. El primer pretexto para salir de las filas lo proporcionaban las heridas ligeras, que obligaban

á marchar sin armas á la cola de las columnas: el segundo era el hambre, que autorizaba á correr de aqui para allá en busca de comestibles. Ya fuera de las filas no se tornaba á ellas. Con efecto los hábitos militares eran harto recientes entre nuestros reclutas, para que se pudiesen alejar impunemente de sus banderas. Una vez dejado el cuadro, el despecho, las penalidades, la aficion al merodeo, la inclinacion natural á aborrarse nuevos peligros, impedian que cada cual volviese á su puesto. De los ciento á ciento diez mil hombres, que aun tenia Napoleon bajo su mando, se contaban mas de veinte mil que, llevando unos vendas en los brazos, cojeando otros, fingiéndose los mas heridos sin estarlo, ó fingiendo que habian perdido sus armas, despues de haberlas tirado, marchaban entre las columnas armadas ó á su cola, de noche se derramaban por las aldeas, ejercitando alli la rapiña, y sin prestar ningun servicio devoraban los recursos con que hubieran podido vivir los cuerpos organizados. Lo peor era el ejemplo, que amenazaba hacerse contagioso, y contra el cual se resentian de impotentes las represiones de la caballeria. No habia aslojado ni un momento el valor entre aquellos reclutas, pero con las costumbres militares muy poco arraigadas, no se supieron mantener contra una gran derrota, y casi olvidaron que eran soldados. La caballeria, que por lo comun persigue esta clase de vicio y lo refrena, padecia de lo propio, y entre la masa desbaodada se veian muchos ginetes á pie y aun algunos montados. Sobre esta porcion del ejército hicieron presa los corredores del enemigo. Dispersaban á estos merodeadores como á timidas bandadas de pajaros, y cogianlos en nú-